

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Castillo de Macbeth. — Noche. — Entran BANQUO y FLEANCE precedidos de UN CRIADO con una antorcha.

Ban. ¿Qué hora será, muchacho?

Criado. Ya se ha puesto la luna.

Ban. ¿Traspone á media noche?

Criado. Algo despues se oculta.

Ban. Toma mi espada. El cielo

velado en densas brumas

hendido de relámpagos

tempestuoso lucha.

Lóbregos vaticinios

me aflijen y me abruman

cual si de plomo fueran.

¿Por qué empero repugna

á mi pecho el descanso?

El cielo las impuras

nefandas fantasías

borre que asi me turban.

Dame la espada.

ESCENA II.

LOS PRECEDENTES. MACBETH y UN CRIADO con una antorcha.

Ban. ¿Hola!

¿Quién va?

Macb. El que duda

cómo seros mas grato.

Macbeth.

Ban. ¿Señor! ¿Y aun dura

la vijilia? Su alteza

descansa ya. Fecunda

noche en placer le dísteis;

ni recuerdo que nunca

tanto el rey se entregase

á joviales ternuras:

concedió á vuestras jentes

favores sin mesura;

y este rico diamante

jeneroso tributa

en agradecimiento

á vuestra esposa.

Macb. Mucha

es la bondad del rey;

y me pesa que súbita

fue su venida tanto,

que no dejó oportuna

amplitud á mi obsequio.

Ban. Habeis probado suma

lealtad y cortesía.

¿Sabeis que con las brujas

del yermo soné anoche?

A vos, Macbeth, algunas

verdades os dijeron.

Macb. No pienso en sus locuras;

y no obstante, algun dia

sus palabras adustas

juntos recordaremos,

su jesto y apostura.

Ban. Por solaz cuando os plazca.

Macb. Y si mis conjeturas

no mienten, ganaremos

honra al par y fortuna.

Ban. Si no arriesgo la mia

por las honras futuras,

si franco queda el pecho

y la conciencia pura,
seguiré vuestras huellas.

Macb. En tanto las dulzuras
del reposo os deseo.

Ban. Lo mismo á vos.

(*Vanse Banquo y su criado.*)

ESCENA III.

MACBETH y CRIADO.

Macb.

Escucha.

Di á tu señora que al estar la copa
de mi bebida suene la campana;
y tú vete á acostar.

Criado.

Os obedezco. (*Vase el criado.*)

ESCENA IV.

MACBETH.

Un puñal agudo mi vista persigue,
el puño á la mano viene sin cesar;
llega... Mas si es sombra lo que el ojo sigue,
si nunca mi brazo te puede alcanzar,

¿Acaso no eres, puñal homicida,
tan sensible al tacto como á la vision?

¿Ó eres de la mente imájen finjida
y de seso enfermo enferma creación?

Tan palpable forma tienes todavía
cual estotra daga que puedo yo asir.

(*Desnuda su daga.*)

De estrella me sirves y ominosa guía
mostrando el camino que dudo seguir.

Á tí asemejaba el fiero instrumento
que aun antes de verte pensaba escojer.

Tal vez de la vista con juego violento
los otros sentidos burlan el poder.

Ó quizá la vista superior á ellos
la verdad descubre y avisa leal.

¡Aun vibras! y sangre vierten los destellos
que antes no lanzabas de tu hoja fatal.

¿Será todo sueño... mera fantasía?

Del acto nefando letal precursor,
los ojos deslumbra, la mente estravía,
derrama en el pecho insólito horror.

Es la hora en que muerta sobre medio mundo
parece natura vasto panteon;
sinistros ensueños de terror profundo
el dormir asedian é infausta ilusion.

Á Hécate holocaustos rinden á esta hora
las impuras magas con lúgubre voz;
y adusta y marchita se levanta ahora
del asesinato la imájen atroz.

Y al ahullar del lobo, cual espectro leve,
clandestino paso comienza á mover;
y en torno á su presa furtiva se mueve
la sangre buscando que anhela verter.

Tú, tierra, asentada en firmes cimientos,
no sientas la huella de mi triste andar;
ni oigas de mis pasos ecos macilentos
que tus piedras luego puedan imitar.

En silencio escucha el horror presente
propio de la hora en que se abortó...
Mientras yo amenazo él vive y no siente;
el álito es frio que al pecho quedó.

Frio es el aliento que vanas razones
lanzan en el rostro del activo obrar.

(*Suena una campana.*)

La campana... acudo. No sus vibraciones,
soñoliento Duncan, quieras escuchar.

Por tí dobla fúnebre el férreo badajo;
el infierno se abre ó el cielo por tí. (*Vase.*)

ESCENA V.

LADY MACBETH.

Mis vinos bebieron: traidor agasajo
que á ellos embriaga y me alienta á mí.

(Ruido.)

¿Qué es eso? ¡Silencio! Sin duda sería de fatal lechuza silbido feroz; lo está haciendo ahora: las puertas tenia entornadas ambas los goznes sin voz.

Los jentiles hombres apenas con vida y roncós resuellos lanzando en su afán; narcóticas drogas mezclé á su bebida y en hondo letargo sumidos estan.

Macb. ¿Qué me queréis? ¡Hola! (*Desde adentro.*)

L. Macb. ¡Ay! Dios, si despiertos

se hallan y no pudo Macbeth concluir; ¡ah! nuestros conatos serán descubiertos quedando la empresa al fin sin cumplir.

Yo puse las dagas en la cabecera; al instante mismo las pudo encontrar; si dormido Duncan no se pareciera á mi padre tanto, yo misma clavar...

ESCENA VI.

MACBETH. LADY MACBETH.

L. Macb. Esposo...

Macb. Ya el hecho está consumado.

¿Rumores no oiste?

L. Macb. Silbo agudo oí de lechuza lóbrega. ¿Y tú no has hablado?

Macb. ¿Al volver ahora?

L. Macb. ¿Cuándo?

Macb. Creo que sí.

Escucha: ¿quién duerme en ese aposento?

L. Macb. Duerme... Donalbain.

Macb. ¡Ah triste vision! (*Mirándose las manos.*)

L. Macb. ¿Por qué triste?

Macb. El uno reía contento;

y gritaba el otro "piedad, compasion."

Entrambos despiertan al mutuo ruido;

yo los observaba con firme mirar;

rezaron sus preces y en el blando olvido

de profundo sueño vuelven á quedar.

L. Macb. En la misma estancia entrambos dormían...

Macb. "Dios nos dé su gracia" con mustio clamor el uno en sus sueños; y ambos respondian "amen" cual si vieran hierro matador en estas mis manos de verdugo fiero amagar sus vidas, su ensueño amagar; ni mi labio pudo al son lastimero responder piadoso ni "amen" pronunciar.

L. Macb. Mi señor, no pienses con angustia tanta.

Macb. ¿Y por qué no pude "asi sea" decir?

Orar yo quisiera, mas de mi garganta el santo vocablo no pudo salir.

L. Macb. Examen no sufren actos tan violentos; ó en él sucumbiera la débil razon.

Macb. Yo pensé que oía fúnebres acentos diciendo "¡despierta! ¡despierta! ¡traicion! Macbeth asesina al sueño inocente; al sueño qué trenza con piadoso afán, las hebras confusas que en la humana mente penas y cuidados marañando van. Asesina al sueño, muerte cotidiana; del trabajo duro baño calmador; bálsamo que al alma contristada sana; del festin de vida sabroso licor."

L. Macb. ¿Pero qué pretendes?

Macb. Y luego decia la voz con mas fuerza doblando el jemir, "¡despierta! el de Glamis mató al que dormia y el de Cawdor nunca podrá ya dormir." Perpetua vijilia mantendrá en sus ojos...

L. Macb. ¿Y quien asi hablaba? ¿acaso no ves que tus altos hechos hundes en abrojos ilusion mintiendo que finjida es? vé, señor, con agua lava de tus manos ese testimonio asqueroso asaz.

De imágenes tristes recuerdos livianos auyenta del alma; renazca la paz. Lávate las manos: ¿por qué los puñales trajiste contigo? Vuélvelos alli, junto á los que duermen y los cabezales

de sangre salpica. Manchados así...

Macb. No voy mas... yo... tiemblo de ver esta hazaña;
yo mis propios hechos no puedo mirar.

L. Macb. Tu ilusión acerba, mi señor, te engaña,
el ánimo enfermo rindes al pesar;
el dormido, el muerto ¿son mas que pinturas
que solo amedrentan al ojo infantil?
Si sangre destilan aun las aberturas
que esculpió en su seno el hierro sutil,
rociaré con ella los guardas dormidos
que cual criminales han de aparecer. *(Sale.)*

ESCENA VII.

MACBETH.

(Llaman afuera.)

¿Quién llama? ¿qué fuerza tendrán mis sentidos
que el rumor mas leve me hace estremecer?
¿Qué manos son estas? Me arrancan los ojos:
¿bastarán las aguas del profundo mar
á lavar sus manchas? No: tornarán rojos
mis dedos los mares que quieran tocar.

ESCENA VIII.

DICHO. LADY MACBETH.

L. Macb. Tambien en su sangre teñí yo la mia,
que traigo bañada del mismo color;
me avergüenza, empero, que un alma tan fria
en el pecho dome al alto valor. *(Llaman.)*
Á las puertas llaman que dan al poniente;
vamos á la alcoba, y allí borrarán
pocas gotas de agua el hecho reciente;
¿cuán facil remedio! *(Llaman.)*

Ven, llamando estan.

Ven... ponte de blanco como si durmieras;
que si levantarnos pide la ocasion,

no te hallen vestido. Deja las quimeras;
vuelvan á tu pecho constancia y razon.

Macb. Antes yo quisiera perder la memoria
que la hazaña infausta triste recordar. *(Llaman.)*
Duncan ¿no despiertas? ¡horrorosa historia!
¡Ojalá pudieras, Duncan, despertar!

ESCENA IX.

UN PORTERO.— *Llaman.*

Port. Pues no está manco el que quiere entrar. Si
fuera yo portero de las puertas del infierno no ten-
dria que dar mas frecuentes vueltas á la llave.
(Llaman.) ¡Aldabonazo! ¿Quién va allá, en el
nombre de Belzebú? Esta será el alma de algun
labrador que se habrá ahorcado con la esperanza de
buena cosecha. Ven en tiempo oportuno y trae pa-
ñuelos con que limpiarte el sudor, que harto los ha-
brás menester si has de aguardar hasta entonces.
(Llaman.) ¡Aldabonazo! ¿Quién va allá, digo, en
el nombre del otro diablo? ¡Aldabonazo! y no se
cansará por cierto. Allá van, allá van, con mil de
á caballo. *(Abre.)*

ESCENA X.

DICHO. MACDUFF. LENOX.

Macd. ¿Tan tarde te acostastes anoche que no has
podido levantarte mas temprano?
Port. Á fé mia señor, que estuvimos festejando
hasta que cantó el segundo gallo; y la bebida, se-
ñor, es grande despertadora de algunas cosas.
Macd. ¿Y qué despierta la bebida?
Port. Despierta al sueño, al amor y á la voluptuosi-
dad. Estimula y entorpece. Estimula el deseo y
arrebata la fuerza; enciende el corazon y paraliza
los labios; persuade al hombre y al mismo tiempo
le desanima hasta equivocar al amor con el sueño

y al deseo con la pereza. Grande embaucadora es la bebida.

Macd. Harto debió de embaucarte á tí anoche, según veo.

Port. En verdad, señor, que los dedos se me antojaban huéspedes.

Macd. ¿Se ha levantado ya tu amo? Pero aquí viene. Nuestros aldabonazos le han despertado.

ESCENA XI.

LOS MISMOS. MACBETH.

Lenox. Felices días, noble señor.

Macb. Bien venidos, caballeros.

Macd. ¿Se mueve ya el rey?

Macb. Todavía creo que no.

Macd. Me ordenó que le despertase temprano y casi ha pasado ya la hora.

Macb. Os acompañaré á su estancia.

Macd. Sé que es una molestia agradable para vos, aunque siempre sea molestia.

Macb. Aquella accion que nos agrada recompensa el trabajo que consigo lleva. Hé aquí la puerta.

Macd. Me atrevo á llamar, puesto que tales son sus órdenes.

ESCENA XII.

LOS MISMOS, *menos* MACDUFF.

Lenox. ¿Parte hoy el rey de aquí?

Macb. Así lo ha determinado su alteza.

Lenox. La noche ha sido tumultuosa. El viento ha derribado las chimeneas de la habitacion adonde dormiamos; y se dice que se han oido lamentos en el aire, lúgubres alaridos, y profecías que con terrible acento presajaban horrores y revueltas, confusos sucesos, enjendro de estos tiempos tenebrosos. El ave agorera no ha reposado de su triste

cantar en toda la noche. Algunos dicen que estaba la tierra trémula y calenturienta.

Macb. Tempestuosa noche ha sido.

Lenox. En mi memoria no existe el recuerdo de otra igual.

ESCENA XIII.

LOS MISMOS y MACDUFF.

Macd. ¡Ah horror, horror, horror! ¡no hay pensamiento que discernirte pueda, ni hay sonido que te pueda nombrar!

Macb. y *Lenox.* ¿Qué ha sucedido?

Macd. Consumóse el delito mas cruento que pudo concebir la confusion: sacrilego homicidio ha profanado el templo del Señor y derrocado, sin vida yace el numen. ¡Ah traicion!

Macb. ¿Qué dices de homicidio? ¿Cuya vida?

Lenox. ¿Hablas del rey?

Macd. ¡Os acercad, señores, y tended vuestra vista en los horrores que el dormitorio encierra! ¡Ved herida la majestad de muerte! Otro Gorgona, terror á vuestra vista y vuestro pecho vereis tornado el espantoso lecho; y ahogada en rejia sangre la corona.
(*Salen todos.*)

ESCENA XIV.

MACDUFF.

¡Despertad, despertad! ¡Ah del castillo! Dejad del sueño las delicias vanas; toquen rebato lúgubres campanas, traicion, traicion, levántese el rastrillo; Tú, Malcolm, Donalbain, Banquo fuerte, acudid, acudid con vista umbría cual si salieseis de la huesa fría

y en vez del sueño encontrareis la muerte.
(*Suena una campana.*)

ESCENA XV.

LADY MACBETH y MACDUFF.

L. Macb. ¿Qué pasa en mi castillo, por qué llamas con tan acerba voz?

Macd. Jentil señora,
permitid que os lo oculte; destructora fuera mi narracion y en vivas llamas los ecos de mi lengua y en derretido plomo se tornarian y en veneno, si penetrar pudieran vuestro seno; y al pasar os rasgaran el oido.
Banquo, Banquo.

ESCENA XVI.

LOS MISMOS. BANQUO.

Ban. Señor.

Macd. El soberano
es muerto.

L. Macb. ;Desdichada! ;Y en mi casa?

Ban. ;Donde quiera cruel! Macduff, repasa la mente y te desdice.

ESCENA XVII.

LOS MISMOS. MACBETH. LENOX.

Macb. ;Ah si el vano
aliento de la vida yo perdiera
antes de ver tan horroroso dia!
;Feliz entonces la existencia mia!
;Qué vale ya el vivir? ;oh suerte fiera!
Percieron la gracia y el renombre:
de la existencia el nectar regalado

en hez sucia y amarga se ha trocado:
¿qué esperanza, qué bien, quedan ya al hombre?

ESCENA XVIII.

LOS MISMOS. MALCÓM. DONALBAIN.

Don. ;Y á quién hirió tan grave desventura?

Macb. A vosotros, infantes, en la frente;
que no ha de correr mas la augusta fuente
y el manantial de vuestra sangre pura.

Macd. Perció vuestro padre asesinado.

Malc. ;Por la mano de quién?

Lenox. Muerte le dieron
sus custodios, sin duda. Ni aun quisieron
la traicion disfrazar; que ambos manchado
el rostro con la sangre mantenian;
y no enjutas las dagas y estampadas
sus formas por las sucias almohadas.
Viéndose sorprendidos, no sabian
qué disculpa finjir; nunca la suerte
se les debió fiar del rejio aliento
ni tan noble custodia.

Macb. Me arrepiento
ya del furor con que les dí la muerte.

Malc. ;Y por qué los mataste?

Macb. ;A quién es dado
reunir con la pasion sabiduría?
;quién á la vez frenético sería
y furioso á la vez y moderado?
En mí venció un amor ciego y vehemente
la voz de la prudencia mesurada:
á un lado yace Duncan, la arjentada
cabellera teñida y noble frente
con esmaltes de sangre; sus heridas
abriendo al parecer anchos caminos
á comun destruccion; los asesinos
al otro lado yacen, reteñidas
las dagas hasta el puño en sangre y rojos
los semblantes y manos. ;Quién pudiera

si un corazon amante en él latiera
cerrar á tanto mal cobardes ojos?

L. Macb. ¡ Socorredme, ay de mí!

Macd. Prestad ayuda
á nuestra castellana.

Malc. ¿ Y macilentos
oíremos sus lamentos
con apagado labio y lengua muda
nosotros á quien toca este debate?

Don. ¿ Y qué decir aquí de tanto insulto?
En los antros del Ogre se halla oculto
el destino que fiero nos combate
y ocasion solo espera
ya para destruirnos. ¡ Ah! partamos,
y el llanto aun no formado suspendamos.

Malc. Antes huir que la dolencia fiera
paralice los pies á nuestra huida.

Ban. Socorred á milady. *(Se la llevan.)*

ESCENA XIX.

LOS MISMOS, *menos* LADY MACBETH.

Ban. Caballeros,
al concluir los ayes lastimeros,
holocausto del alma conmovida,
pensemos sin tardanza
cómo entender la felonía sangrienta;
la duda suspicaz que me atormenta,
fuerza es desvanecer con la esperanza
de vindicta cruenta.
Yo á la mano de Dios me entrego todo;
desde ella lidiarán espada y brazo
contra el acto cruel.

Macb. Celoso abrazo
tu pensamiento.

Lenox. Yo del mismo modo.

Todos. Y yo; y yo tambien.

Macb. Todos pasemos
sin tardar al salon; y cual valientes

estudiemos los hechos inclementes
que en horfandad nos dejan.

Todos.

¡ Sí, marchemos.

(Salen.)

ESCENA XX.

MALCOLM y DONALBAIN.

Malc. ¿ Y qué piensas tú hacer? No nos conviene
con ellos aliarnos; que es muy facil
para el alma alevosa sumerjirse
en dolor no sentido. Yo á Inglaterra
partiré desde luego.

Don. Yo á la Irlanda.

Separadas podrán nuestras fortunas
guarecerse mejor. En este sitio
dagas oculta el hombre en su sonrisa;
y el mas cercano en sangre, sanguinario
mas que los otros es.

Malc. La aguda flecha
que con traicion nos dispararon hoy,
aun vibra silbadora en nuestro oido
y nos cumple evitar su puntería.
Á caballo al instante; y no seamos
en pedirles la venia muy corteses.
Escapemos, hermano. Cuando acaba
toda misericordia, no es la fuga
ni vil ni deshonrosa. Voy...

Don. Te sigo.

ESCENA XXI.

- Fuera del castillo. — ROSSE y UN VIEJO.

Viejo. Tres veintenias y media ya he contado;
y en el volúmen de tan largo tiempo
estraños casos vi y horas horribles;
pero la noche última ha borrado
todo el previo saber de mi experiencia.

;

Rosse. Tú, buen anciano, ves los cielos mismos
al observar al hombre, cuán temibles
su teatro amenazan que es el mundo.
Por la cuenta del tiempo es ya de día;
la noche, sin embargo,
apaga con su lóbrego letargo
la rutilante lámpara del cielo,
y domina sombría,
y á la aurora reboza con su velo;
asi la tierra yace sepultada
en honda obscuridad y en pesadumbre,
cuando brillar debiera arrebolada
del sol en viva lumbre.

Viejo. Tan poco naturales las tinieblas
como el hecho feroz que hemos oido.
El martes que pasó vi enaltecido
y orgulloso en su fuerza y jerarquía
volar un halcon fuerte;
y una lechuza vil que le seguía
le aprisionó en el aire y le dió muerte.

Rosse. Y de Duncan los dóciles corceles,
de su raza hermosísimos joyeles,
furiosos quebrantaron á deshora
la sólita obediencia;
las bridas destrozaron
y raudos por los campos se fugaron;
cual si á toda la tierra
declarasen y al hombre cruda guerra.
Pero... viene Macduff.

ESCENA XXII.

LOS MISMOS. MACDUFF.

Rosse. ¿Y qué hay de bueno?

Macd. ¿Acaso vos lo ignorais?

Rosse. ¿Mas quién perpetró el delito?

Macd. Sus chamberlanes. Macbeth les dió la muerte
allí mismo.

Rosse. ¡Dios eterno! ¿y qué querian?

Macd. Dicen que los propios hijos
de Duncan los sobornaron. Asi entrambos han
huido.

Rosse. ¡Herir al que les dió vida! ¡Horrible y atroz
designio!

¡Ciega ambicion, insaciable, que chupas con labio
impio

jugo de tus propias venas! ¿Y en Macbeth caerá el
dominio?

Macd. Ya está aclamado y se halla con la corte en el
camino

de Escona, do jurar piensa.

Rosse. ¿Y el cadáver donde ha ido?

Macd. Le llevan á Kolmes-kill, adonde en santo re-
cinto

descansan de nuestros reyes los despojos.

Rosse. ¿Piensas, primo,
concurrir tambien á Escona?

*Macd.*irme pienso á mi castillo.

Rosse. Pues yo á la coronacion.

Macd. Quieran los cielos benditos
que todo pase allí en paz. — A Dios. — Los nuevos
vestidos

holgados ojalá sean como los que hemos perdido.

Rosse. A Dios, buen viejo.

Viejo. Él os guarde y os favorezca propicio;
y á todos los que desean dar paz á sus enemigos,
trocando el mal cotidiano en un influjo benigno.

(Parten.)

